



OCTAVIA

I

Pedro Pondal, un poeta joven y desconocido, hallábase en la actitud de un hombre sin consuelo, sentado delante de la mesa donde había escrito sus poemas galantes, aquellos versos eróticos, inspirados en la historia de sus amores con Octavia Santino. Conservaba la abatida cabeza entre las manos, y sus dedos desaparecían bajo la alborotada cabellera. Cuando se levantó para entrar en la alcoba donde la enferma se quejaba débilmente, pudo verse que tenía los ojos escaldados por las lágrimas.

C O F R E D E S Á N D A L O

Hacía un año que vivía con aquella mujer. No era ella una niña, pero sí todavía hermosa, de regular estatura y formas esbeltas, con esa morbidez fresca y sana que comunica á la carne femenina el aterciopelado del albérrigo, y le da grato sabor de madurez. Supo hacerse amar con ese talento de la querida que se siente envejecer, y conserva el corazón joven, como á los veinte años. Ponía ella algo de maternal en aquel amor de su decadencia: Era el último, se lo decían bien claro los hilos de plata al asomar entre sus cabellos castaños, que aún conservaban la gracia juvenil.

II

Pedro Pondal se detuvo un momento en la puerta de la alcoba. Era triste de veras aquella

C O F R E D E S Á N D A L O

habitación silenciosa, solemne, medio á oscuras, envuelta en un vaho tibio, con olor de medicinas y de fiebre. La llama viva de la chimenea arrojaba claridades trémulas y tornadizas sobre el contorno suave y lleno de gracia que el cuerpo de la enferma dibujaba á través de las ropas del lecho. Lo primero que se veía al entrar, era una cabeza lívida de mujer hermosa, reposando sobre la blanca almohada. Pondal sintió que sus ojos volvían á llenarse de lágrimas ante aquel rostro, que parecía no tener gota de sangre, y en el cual las tintas trágicas de la muerte empezaban á extenderse. Pero Octavia le miraba, llamándole á su lado con una triste sonrisa, y trató de sonreír también para tranquilizarla. Llegóse al lecho, y tomando la mano que la enferma dejaba colgar fuera, la retuvo entre las suyas, besándola en silencio,

C O F R E D E S Á N D A L O

porque la emoción apenas le dejaba hablar. Ella le acarició la mejilla como á un niño:

—¡Pobrepequeño!... ¡Cuánto sientodejarte!...

—¡No!... ¡Tú no me dejas, porque yo me iré contigo!...

En el rostro trastornado de aquel pobre muchacho se reflejaban las sacudidas nerviosas que le costaba no estallar en sollozos. Octavia le miró un momento, y atrayéndole á sí, prodígole las palabras más tiernas. Después, devorándole con sus ojos febriles y oprimiéndole las manos, murmuró:

—¿Sabes qué día es mañana, Pedro?

Él contestó con la voz llena de lágrimas:

—No. ¿Qué día es?

—¡Mañana hace otro año que nos hemos conocido! ¿Te acuerdas? ¡Quién te había de decir entonces que tendrías que amortajarme mi po-

C O F R E D E S Á N D A L O

bre cuerpo!... ¡Pero, por Dios, no te afijas! ¡Háblame! ¡Dime que te acuerdas de todo!...

En el silencio y la oscuridad de la alcoba, el murmullo de la voz tenía algo de la solemnidad de un rezo. Pedro Pondal, muy conmovido, gritó:

—¡Sí, me acuerdo! ¡Me acordaré toda la vida!

Fué aquél un grito salido de lo más hondo del alma. Desde entonces ya no pudo contenerse por más tiempo, y se puso á sollozar como un niño:

—¡Octavia! ¡Octavia!... ¡Alma mía!... ¡Toda mía!... ¡No me dejes solo en el mundo!

Y sellaba con pasión sus labios sobre la mano de la enferma, una mano hermosa y blanca, húmeda ya por los sudores de la agonía.

III

—Mira, encanto, si no debes sentirme de ese modo. ¿Qué era yo para ti más que una carga? ¿No lo comprendes? Tú tienes por delante un gran porvenir. Ahora, luego que yo muera, debes vivir solo. No creas que digo esto porque esté celosa. Ya sé que á muertos y á idos... Te hablo así porque conozco lo que ata una mujer. Tú, si no te abandonas, tienes que subir muy alto. Créeme á mí. Pero Dios que da las alas, las da para volar uno solo. Después de que hayas triunfado, te doy permiso para enamorarte...

Intentó sonreír para quitar á sus palabras

la amargura que rebosaban. Pondal le puso una mano en la boca:

—No hables así, Octavia, porque me desgarras el corazón. Tú vivirás y volveremos á ser felices.

—¡Aunque viviese, no lo seríamos ya!

Su voz era tan débil, que ya parecía hablar desde el sepulcro.

IV

En aquella conversación agónica, que podía ser la última, todo el pasado de sus relaciones volvía á su memoria, y á pesar de la sonrisa resignada que contraía sus labios descoloridos, conociase cuánto la hacía sufrir este linaje de

C O F R E D E S Á N D A L O

recuerdos. Pondal, sentado al borde de la cama con la cabeza entre las manos, suspiraba en silencio. Él también recordaba otros días, días de primavera azules y luminosos, mañanas perfumadas, tardes melancólicas, horas queridas... Paseos de enamorados que se extravían en las avenidas de los bosquecillos, cuando los insectos zumban la ardiente canción del verano, florecen las rosas, y las tórtolas se arrullan sobre las reverdecidas ramas de los robles. Recordaba los albores de su amor, y todas las venturas que debía á la moribunda. ¡Sobre aquel seno de matrona, perfumado y opulento, había reclinado tantas veces en delicioso éxtasis, su testa orlada de rizos, como la de un dios adolescente! ¡Aquellas pobres manos que ahora se enclavaban sobre la sábana, tenían jugado tanto con ellos!... Y al pensar en que iba á verse solo en

C O F R E D E S A N I A L O

el mundo, que ya no tendría regazo donde descansar la cabeza, ni labios que le besasen, ni brazos que le ciñesen, ni manos que le halagasen, tropel de gemidos y sollozos subíale á la garganta, y se retorcia en ella, como rabiosa jauría:

—¡Señor! ¡Señor!... ¡No me la lleves! ¡Sé bueno!...

Y conteniendo trabajosamente las lágrimas, se puso á rezar como un niño que era. ¿Por qué no había de hacer Dios un milagro? Y esta esperanza postrera, tan incierta, tan lejana, apoderándose de su pobre corazón, le trajo, como un perfume de incienso, el recuerdo de la infancia en el hogar paterno, donde todas las noches se rezaba el rosario... ¡Ay, fué al deshacerse aquel hogar, cuando conociera á Octavia Santino!...

V

Aunque mozo de veinte años, Pedro Pondal no pasaba de ser un niño triste y romántico, en quien el sentimiento adquiría sensibilidad verdaderamente enfermiza. De estatura no más que mediana, ademán frío, y continente huraño y retraído, difícilmente agradaba la primera vez que se le conocía: Él mismo solía dolerse de ello, exagerándolo como hacía con todo. Apuntábale negra barba, que encerraba, á modo de marco de ébano, un rostro pálido y quevedesco. La frente era más altiva que despejada, los ojos más ensoñadores que brillantes. Aquella cabeza

prematuramente pensativa parecía inclinarse impregnada de una tristeza misteriosa y lejana. Su mirar melancólico era el mirar de esos adolescentes que, en medio de una gran ignorancia de la vida, parecen tener como la visión de sus dolores y de sus miserias.

VI

Octavia, hundida la cabeza, dormitaba, inmóvil, pálida como la muerte, con los cabellos sueltos sobre la almohada. En los labios de Pondal vagaba el mosqueo continuado de un rezo. Poco á poco Octavia abrió los ojos, y los fijó con vago espanto:

—¿Qué haces?... ¿Rezas?

Él dijo que no, y la enferma, procurando sonreír, volvió á cerrar los ojos:

—¡Amor mío!

Exánime y jadeante, había caído sobre la almohada. Sintió un ahogo que la privó de respiración un instante, y, ocultando la cara, rompió á llorar amargamente. En vano su amante trató de consolarla. Ella sentíase conmovida ante el afecto de aquel niño, y la conciencia le remordía, como si no le hubiese amado bastante. Cediendo á los ruegos descubrió el rostro, y las lágrimas siguieron cayendo de aquellos ojos de tan puro azul, pero silenciosas, sin gemidos ni sollozos. Se miraron inmóviles los dos, con las manos enlazadas, como si fuesen á hacerse un juramento. La mirada que cambiaron era la despedida muda, solemne, angustiosa que se dan dos almas al separarse: Era la evocación de

sus recuerdos, todo el pasado de aquel amor, al cual iba á poner término la muerte. Las lágrimas corrieron más abundantes de los ojos de Octavia, y algo intolerable y mortificante, sintió en el corazón:

—¡Qué no haría yo para que no me llorase mi pobre pequeño!...

VII

Había vuelto á esconder la cabeza en las almohadas, sollozando tan quedo que apenas se la oía. Pondal se inclinó y puso sus labios en los cabellos de Octavia, besándolos suavemente, recorriendo toda la trenza. Estuvo así larguísimo rato, susurrando palabras cariñosas que

producían en la enferma estremecimientos convulsivos y dolorosos. Se inclinó un poco más, y levantando con cuidado como una reliquia aquella adorada cabeza, la obligó á que le mirase. Ella clavó en él con extraordinaria tristeza las pupilas, que parecían más grandes y más bellas por efecto de la demacración del rostro, y los dos permanecieron mudos, tratando de leerse los más escondidos pensamientos. Pedro Pondal fué el primero en hablar:

—¿Qué tienes? ¿No me dices?...

Los labios de la enferma se agitaron apenas:

—Pedro...

—¿Di, mi pobre amor?

—¡Que me prometas una cosa!

—Cuantas quieras.

—¿No me dejarás morir sola?

—¿Qué dices, Octavia?

—¿Lo juras?

—Lo juro... ¡Pero eso es una locura!

—¡Calla, por Dios! Me haces un daño horrible... ¡Calla!

Se cubrió los ojos como si la llama de la chimenea le molestase, y añadió:

—Después te lo confesaré todo... No quiero que mi muerte te haga sufrir.

Creyó Pondal que la enferma deliraba, y nada dijo. Ella siguió musitando:

—¡Sin embargo, te quise mucho, Pedro!... ¡Mucho! ¡Mucho!... ¡Bien lo sabes Dios!...

—¡Y yo también lo sé!...

—¡No! ¡Tú no lo sabes!

Experimentó una rápida conmoción, y se quedó lívida y distendida como si fuese á morir. Cuando hubo cobrado ánimo, añadió:

COFRE DE SANDAL

—¡Hubiese sido yo tan feliz sin este torcedor!
No, no quiero que me llores, no quiero...

—¡Pero Octavia! ¡Tú deliras! Te suplico que calles. ¿No me oyes? ¡Te lo suplico!...

Se dejó caer en el sillón que había arrimado al lecho, y tomó la mano que Octavia tenía sobre el arrugado dobléz de la sábana:

—Ahora te prohíbo hablar, y si no me obedeces, ya lo sabes, me voy.

Octavia le oprimió suavemente la mano procurando sonreír, y la mueca que hizo en la tentativa resultó espantable. Después quedóse como dormida, pero sólo fué un momento: En seguida abrió los ojos sobresaltada como si saliese de una pesadilla, y extendió las manos palpando con avidez la cabeza de su amante:

—¿Estás ahí? ¡No te veo!

—Sí, aquí estoy, mi vida.

COFRE DE SANDALO

Pedro separó los cabellos empapados de sudor que oscurecían la frente de la enferma, y depositó en ellos un largo beso lleno de amor y de tristeza.

Octavia, que parecía sufrir mucho, balbuceó con creciente anhelo:

—¡Virgen María, no me abandones!

VIII

Un enorme gato de pelambre chamuscada y amarillenta que dormía delante de la chimenea, despertóse, enarcó el lomo erizado, sacó las uñas, giró en torno con diabólico maleficio los ojos fosforescentes y fantásticos, y huyó con menudo trotecillo. Octavia estremeciése, po-

C O F R E D E S A N D A L O

seída de uno de esos terrores supersticiosos que experimentan las imaginaciones enfermas, y se incorporó, apoyada en el borde del lecho, mirando anhelante: Fué menester que Pondal, por fuerza, la obligase á acostarse, colocándola suavemente la cabeza en el centro de la almohada: Ella parecía no verle, tenía la mirada vaga, y respiraba fatigosa con el semblante contraído. Su amante la miraba sin ser dueño de contener las lágrimas: Por un formidable esfuerzo de la voluntad se serenó para preguntarle qué tenía: No contestó Octavia, y él insistió:

—¿Sufres mucho?

La enferma abrió los ojos, que se fijaron con extravío en los objetos: Agitáronse sus labios, pero fueron tan apagadas y confusas las palabras que salieron de ellos, que casi no rozó

C O F R E D E S A N D A L O

su aliento el rostro de Pondal, que se inclinaba sobre ella, para oír mejor: Sin embargo, á él le pareció que Octavia decía:

—¡No puedo! ¡No puedo!... Me recuerde...

Y la vió temblar en el lecho, el rostro demudado y convulso.

IX

Ha quedado estirada, rígida, indiferente, la cabeza torcida, entreabierta la boca por la respiración, el pecho agitado. Pondal permanecía en pie, irresoluto, sin atreverse ni á llamarla, ni á moverse, por no turbar aquel reposo que le causaba horror. Entenebrecido y suspirante volvió á sentarse junto al lecho, la frente apo-

C O F R E D E S A N D A L O

yada en la mano, el oído atento al más leve rumor. Allá abajo se oía el perpetuo sollozo de la fuentequilla del patio, unas niñas jugaban á la rueda, y los vendedorcillos de periódicos pasaban pregonando las últimas noticias de un crimen misterioso. La habitación empezaba á quedarse completamente á oscuras, y Pondal se levantó para entornar los póstigos del balcón que estaban cerrados. Era la tarde de esas adustas é invernales, de barro y de llovizna, que tan triste aspecto prestan á la vieja ciudad. Siniestras ráfagas plumizas y lechosas pasaban lentamente ante los cristales que la ventisca azotaba con furia. Dos aguadores sentados sobre sus cubas aguardaban la vez, entonando una canción de su país. Pedro Pondal no entendía la letra, que tenía una cadencia lánguida y nostálgica, pero, con aquella música, sentía

C O F R E D E S A N D A L O

poco á poco penetrar en su alma supersticioso terror. Creyó oír la voz de Octavia, y volvió vivamente la cabeza. La enferma se había incorporado en las almohadas y le llamaba con la angustia pintada en el semblante. Él corrió al lado de ella:

—¿Qué tienes?...

—Creo que voy á morirme. Escucha, no debes llorarme, porque...

Calló temblando, la huella de sus ojeras se difundió por toda la mejilla, agitáronse sus labios como si fuese á llorar, sus facciones acentuáronse cada vez más cadavéricas y los dientes se entrechocaron. Pero luego, levantándose loca, gritó:

—¡No, no debes quererme! ¡Te he engañado!
¡He sido mala!

Pondal la miró estúpidamente, mientras en

C O F R E D E S A N D A L O

sus labios trémulos y sin color, se dibujaba esa sonrisa tirante y angustiosa que algunos reos tienen sobre el cadalso. Aquello no duró más que un momento, porque en seguida, como si volviese en sí, gritó:

—¿Qué dices, Octavia? ¡Eso no puede ser! ¡Es imposible!

—No, no. ¡Pero espera! ¡Te quiero!... ¡Me lo has prometido!...

Pondal, encorvado sobre la moribunda, la sacudía brutalmente por los hombros, repitiendo:

—¡Habla! ¡Habla! ¡Dime que no es verdad! ¡Dime quién es él! ¡Habla!

Octavia le miró con expresión sobrehumana, dolorida, suplicante, agónica. Quiso hablar, y su boca sumida y reseca por la fiebre se contrajo horriblemente. Giraron en las cuencas, que parecían hundirse por momentos, las pu-

C O F R E D E S A N D A L O

pilas dilatadas y vidriosas, volvióse azulencita la faz, espumajaron los labios, el cuerpo enflequecido estremeciéndose, como si un soplo helado lo recorriese, y quedó tranquilo, insensible á todo, indiferente, lleno del reposo de la muerte.

Pedro Pondal, clavándose las uñas en la carne, sacudía furioso la melena de león, y, sin apartar los ojos del cuerpo de su querida, repetía enloquecido:

—¿Por qué? ¿Por qué quisiste ahora ser buena?

Nublóse la luna, cuya luz blanquecina entraba por el balcón; agonizó el fuego de la chimenea, y el lecho, que era de madera, crujió...

